



PLAZAS ESPAÑOLAS

No se saben demasiadas cosas de un país en tanto no se entiende con plenitud su señorío, su misterio, su acento y su secreto. Existen muchos que logran su unidad, resumidos en una monotonía característica, para los que no es preciso, por consiguiente, excesiva preparación. Sin embargo, cuando de España se trata, una de las equivocaciones más usuales a la hora del enfoque es creerla enteriza y de una pieza. La «diversidad» española—que es tópico, por ejemplo, aun entre españoles que presumen de conocerla—tiene mucho que ver con la sorpresa, con el milagro, con algo más que la diversidad. Es muy difícil entender el secreto de Galicia, después de haber penetrado el de la Andalucía baja. Cuando nos hemos perdido por la patética frescura de Castilla la Nueva, necesitamos una preparación íntima de excepcional importancia si queremos comprender la adustez, por ejemplo, de la provincia de Badajoz. Ahora bien; si hay alguna base para la orientación indispensable, esa base son las plazas españolas. Si nativos y extranjeros necesitan puntos de partida para la comprensión de nuestra maravilla, nada como estos charcos, que tienen algo de resumidora conciencia para sentir y entender. España hace lógico su laberinto en rincones y en plazas. Cuando quienes se encuentran en esas plazas buscan, en cada una de ellas, el resumen lírico que las mismas están capacitadas para conseguir.

Al ser muy distinto el continente, no tiene nada de particular que sea bastante diferente el contenido que las plazas nos brindan. Informarnos del acento español en las plazas Mayores, o desconfiar de la grandeza de una tierra grandiosa en rincones y callejas, no prestigia la perspicacia en verdad. Si España es varia, la variedad de las plazas españolas es una de las propiedades nacionales que más lo proclama. Cuando un país como el nuestro se comprende probablemente mucho, mejor en el recuerdo que viviéndolo por lo menudo, es preciso afinar. A falta de una teoría de las plazas españolas, que siempre hemos echado de menos, no hace tanto que hemos logrado una apasionada divagación con destino a páginas fraternas. En la que hemos marcado hasta siete apartados. Pues para nosotros las plazas españolas se dividen en plazas Mayores, plazas del sabor y del silencio. Plazas como patio, plazas jardín, plazas de soportales, plazas en el olvido y plazas insinuadas o rincones de excepción.

El secreto de lo español hay que perseguirlo a lo grande, a lo hondo y de una manera recatada. Entender Castilla como nos disponemos a comprender la «música de cámara» nos llevaría a una falsa conclusión. Sin embargo, el acoso de Sevilla debe de plantearse *moresca*, profundamente. Y con un recato inigualable, el entendimiento de sitios tan distintos y distantes como Albarraçin, Cádiz o esa tierra que al tener por capital a San Sebastián—la ciudad que siempre nos sabe a «mañana temprano», como dijo Hemingway—, inicia la paleta de verdes con plenitud en el noroeste español. En la plazuela que comprendemos la intimidad española no debemos tratar de intuir el buído secreto. Creer que Madrid, sentido desde la Puerta del Sol, es lo mismo que sentido desde su plaza Mayor, insuperable y llana, de una gracia suficiente, supone confundir lo paleta y lo señorial... Hasta la gracia—las tres mil maneras de ser gracioso a que lo español dispone—se nos escapa de las manos si no vamos a recogerla en el justo lugar donde se resume. Ya que si a algo obliga España, burla burlando, es a la más difícil e inteligente flexibilidad.

Ya las plazas Mayores, ocupadas en resumir nuestra grandeza y como nuestra universal fisonomía, dicen una cosa en sus trajines, otra en el ápice de sus maravillosos mediodías y otra muy distinta cuando remansan la grave condición de la noche. La plaza Mayor madrileña entreabre su secreto a la tarde; as calmada de sol cuando la de Salamanca conquista su expresión mayor. En este tipo de plazas, España demuestra a las claras su capacidad señera. En ellas nada aparece tan vivo como la condición humana española, a pesar de la diversidad. Importancia, dignidad, grandeza, son virtudes evidentes en ellas. Se hace patente en las plazas Mayores nuestro natural señorío, porque grandeza y naturalidad, en ellas, se dan cita sin poderlo remediar. Sobre todas, la plaza Mayor de Salamanca—de la que vemos un ángulo en la «foto» superior—estrofa virtudes superiores, dignidad suficiente, un aplomo especial que a los inexpertos puede parecer soberbia. Al descifrar, con una evidencia, sin duda alguna, impresionante, lo que siempre nos ha hecho posibles, animosos, lanzados. Como si en las plazas Mayores españolas alcanzase la tierra su majestuoso dimensión.





En Turégano, en Segovia, para no ir demasiado lejos, tenemos un ejemplo señero de la «plaza de soportales». Se ha hablado mucho, demasiado, de esta clase de plazas, pero nunca se ha dicho que nuestro país en ellas perfila exactamente su capacidad novelística, y que la novela de España encuentra en las plazas de soportales su más concreta definición. El clima prodigioso de Cervantes se descifra en ellas. Lo que hay de novelístico, de misterio puro en Zurbarán o en Fray Luis de León, por ejemplo, lo encontramos aquí. Siendo la pena española, esa pena que para no degenerar en drama sabe convertirse en algo garboso y delicado, lo que nosotros entendemos en ellas a las mil maravillas. Puesto que lo ameno español se diferencia considerablemente de las cien variantes que la amenidad tiene. Y quien no entiende la novela de España en las plazas de soportales no sabe, desde nuestro punto de vista, a qué atenerse cuando se repasa desde este ángulo a nuestro país. Como es lógico, este tipo de plazas merecería párrafo aparte. Pero subrayemos que en las mismas la novela española cobra su más alto sentido. Al proclamar, con la sencillez con que ellas lo proclaman, que, independientemente de nuestros novelistas, si España es algo, lo es, entre tantas cosas, por su novelesca condición.

La plaza de los Literarios, en Santiago, nos hace la confidencia del sabor y silencio españoles. No hay que buscar en ella nada más que el misterio, lo que España tiene de dimensión dramática, sintiéndola como sentimos las lágrimas y las novedades del corazón. El metro aquí se reduce considerablemente, hasta hacerse muy pequeño. Sería pueril pensar que de esta manera entendemos lo español más en su salsa, cuando lo que corresponde es dominar el secreto extraordinario que cabe en la misteriosidad de estas plazuelas. Convencidos de que la riqueza verdadera de los países se encuentra precisamente en su secreto, que informa mucho de su verdad. Acento, acento sobre todas las cosas, es en este caso la cosecha. Lo mismo en Santiago que en Morella, en Avila que en Medina, disfrutemos del sabor. Para esto no nos vale la mirada suficiente, sino la recogida, la recatada. Aquella que tiene algo de rezo, de caricia, de tierna comprensión. Este tipo de plazas hay que gozarlas en puntillas, dispuestos de una manera difícil, restando, a poder ser, todo lo que tienen de pecado, de escenográficas. Hasta dar con una esencialidad misteriosa cautivante. Hasta entender en ellas el dramático milaero—muy vario, no se olvide—que crea su intensidad.



En las plazas jardín, como en la plaza Real de Barcelona, nada se conquista tanto como esa luz resultante que los cuerpos y las provincias emiten cuando se logran de forma importante. Si se quiere conocer lo recóndito de la provincia de Alicante, no sólo hay que buscarlo en su campo delicadísimo, sino en sus plazas jardín. Algo que no vamos en este reportaje a destacar se ensimisma en ellas y se adueña de nosotros. El acento, el tono, el garbo y la gracia que hemos ido descubriendo en plazas anteriores, deja paso en todas éstas que vertebran su intimidad con verdores y fontanas, para que escuchemos la más delicada canción. Son difíciles, porque no son tan puras como las Mayores o las pertenecientes al segundo apartado. Son complejas, porque sus características urbanas nos hacen pensar en una posible impureza, con la que no debemos de pactar. Esperemos, esperemos confiadamente el mensaje de esta clase de plazas, significativas, características, aunque no demasiado esenciales. Porque España, en sus plazas jardín, por ejemplo, pone a disposición de quien quiera entenderla su más tupida verdad. Rumores misteriosos habitan sus cuencas. Y algo que no es ni verso ni forma suficiente oprime nuestro corazón.

Nunca diremos que lo conocido, lo típico, aquello que constituye nuestro marchamo en el mundo, nos desagrade. La Giralda es la Giralda, el Acueducto segoviano es el Acueducto, y este rincón del Cristo de los Dolores en Córdoba tiene su aquel... El «aquel» español, nuestro complicado ángel, no es nada retórico, según tantos creen, ni mucho menos escenográfico. Y una de las cosas con la que tiene que luchar el nativo y el turista cuando de España se trata es con su escenografía natural. Cuenca se miente en una escenografía prodigiosa. Lo mejor de Galicia se suicida muchas veces en espectáculos y crepúsculos, contra los que hay que prevenirse, como es honesto y de razón. Córdoba, por ejemplo, una de las ciudades más esenciales de España, como le ocurre a Granada, no sabe mostrársenos sino es «con su poquito» de teatro. Es un hecho que el Cristo de los Dolores, en las noches frescas y azules de la Córdoba magnífica, impresiona. Pero es un hecho también que lo impresionante de España es asimismo lo que en las plazas españolas nos sobrecoge, como el misterio, como la alegría y como el candor.



No nos disgusta como «plaza del olvido» este rincón gaditano. Cádiz, una de las ciudades españolas más ricas en plazas, puede valerlos, en su levedad milagrosa, como aparte de consideración. España, en estos lugares, delira. España, en rincones sin nombre o poco conocidos, se da cuenta de lo que hizo, de lo que supuso, de lo que supone, y sueña delirantemente, locamente, españolamente, como es su deber. Las hay graves en Lugo, maduras en Cuenca, limpias y como eternamente adolescentes en Andalucía. Estas plazas del olvido, ricas como todas las ruinas cargadas de sentido, nos entregan una versión particularísima de lo español. Estamos, indiscutiblemente, ante las plazas más líricas. Su esencia, su contenido, desparramado y poco evidente, hay que buscarlo con delectación. España en el olvido, en el seno diverso de estas plazas prodigiosas, cuando no puede soñar, delira. Fresca en su Norte y calcinada en el Sur. Se diría que lo típico, lo característico, se ha evaporado. Y que de tanto depurarse, es difícilmente sensible la esencialidad. Existe un enorme material español distribuido por estas plazas. A tal extremo que quien las considere sabrá demasiado de España, sin poderlo remediar...

Para las plazas como patio nos vale el ejemplo de la de Doña Elvira, en Sevilla. No es única. Desprecia la importancia. Apenas si dimensiona un lugar que es ensenada de algunas callejas; pero nos habla con intimidad. La confesión de las plazas Mayores, que en las del sabor y del silencio se hacía confidencia, se convierte en esta ocasión en susurro, algo así como en suspiro. España en las plazas como patio remansa lo doméstico, lo regional, lo puramente característico, convirtiendo este tipo de plazas en algo fraterno de la canción popular. En la de Doña Elvira estamos, sin querer, dentro de lo familiar y de lo doméstico. En la Puerta del Sol madrileña—soberbia por su capitalidad, pero perteneciente a este grupo—, España se comprende un poco en zapatillas y, desde luego, en todo su sabor regional. No nos vale la palabra «sitio», que hemos de posponer por la palabra «lugar». Dentro de estos lugares de tan poca cabida está refugiado, como en las coplas y en los refranes, lo diario, la cotidiana alegría, el sentir de lo español. Nos valen solamente para descansar de nuestra caminata, espumarío que en ellas se nos brinda, sin dar a la cosa demasiada importancia. Pero sería desconocer a España no repararlas. Como resulta desconocer cualquier cosa el hecho de no entenderla en su ensimismado abandono esencial.

